

NECESIDAD DE LOS SACRAMENTOS, NECESIDAD DE CRISTO. Reflexiones a partir de Santo Tomás de Aquino¹

César Buendía Romero

1. Sacramentalidad como encuentro del hombre actual con Dios

Nos encontramos en una época en la que el tema de la necesidad de los sacramentos está en crisis. Se los ha reducido a unos ritos externos y se les priva a menudo de su referencia a la verdad de Cristo, con lo que el ser humano queda reducido a alguien con unas ciertas ideas, pero no se le concibe como quien se encontró y se encuentra con su Dios.

Ya dentro del ámbito sociológico de los creyentes, observamos que en la vida habitual se niegan muchas cosas que están en la base de la vida sacramental cristiana, la institución de los sacramentos por Cristo, su eficacia, su verdadera esencia y, sobre todo, su necesidad. Negar esta necesidad, supone una enorme variación en la vida de la Iglesia y en su pensamiento negar esa necesidad.

El hombre vive, pero la vida del hombre es plena cuando, en vez de mirarse en el espejo idolátrico del servicio a sí, olvidándose de sí mismo, se dedica a amar, a dejar de pensar en sí mismo, a alegrarse del bien ajeno, a buscar intensamente el bien de todos.

1 Lección magistral de la Inauguración del Año Académico UCSS 2005.

Esta afirmación fundamental del Evangelio que podemos observar en la parábola del buen samaritano es y fue la que rigió la vida de Cristo. Extrañamente, vino por nosotros. Extrañamente, no retuvo como una presa el ser igual a Dios.² Dios, en su ser, es amor. Fue lo que vimos. Es lo que nos transforma y lo que los medios de comunicación han repetido sobre nuestro último Papa. Que no se retuvo. Se donó. Se cansó. Luchó. Vivió para Dios y para los demás. Era un sacerdote. Un verdadero apóstol.

Cuando el hombre vive para sí, simplemente, cae en la idolatría. Cambia a Dios. Y cuando celebra los sacramentos solo por su eficacia, independientemente de la verdad de los sacramentos, que consiste en que son actos de culto, de amor a Dios y al prójimo, los celebra casi idolátricamente. Así, desde luego, son innecesarios, porque carecen de su verdadera dinámica que es la de la Trinidad: la dinámica trinitaria del diálogo de amor. El Hijo todo se lo da al Padre, y el Padre al Hijo. La Trinidad es un misterio de amor. Los sacramentos hacen presente a Cristo y Cristo es un amor que pide amor. Parece que pide, y es porque quiere que salgamos de la idolatría de nuestro egoísmo. Pide para dar. Pero primero pide. Celebrar los sacramentos de modo utilitarista es destruirlos.

El rey salió disfrazado de mendigo para saber cómo eran sus súbditos. Nadie le dio nada, menos un grano de trigo. Aquel hombre que le dio un grano de trigo recibió en recompensa un grano de oro del mismo tamaño.

Si los sacramentos hacen presente a Cristo, es claro que lo que leemos en los Evangelios es lo que está en los sacramentos. En estos leemos que Cristo recorría los pueblos y ciudades de Palestina curando toda enfermedad y dolencia, predicando el evangelio y expulsando a los demonios. Los sacramentos recorren los confines del mundo en esa misma actividad: vencen el pecado, curan el corazón humano, salvan

2 Véase Fil 2, 6-11.

al hombre. Ciertamente, por esa finalidad, en virtud de la eficacia omnipotente del Señor, los sacramentos son necesarios.

Observamos que los sacramentos realizan su función cuando el hombre, en ellos, quiere dar culto al Padre, cuando devuelve con la fe el amor en el que cree, el amor con que hemos sido amados desde la creación del mundo, y le da las gracias por el Hijo, que, hecho carne, nos ha abierto las puertas de su amor. Sin embargo, esta dinámica es la de la oración. En consecuencia, hemos de decir que los sacramentos son, por encima de todo, momentos de oración. Esto lo dice Santo Tomás indicando que los sacramentos son actos de culto, son expresiones de la virtud de la religión.

Pero son actos de la virtud de la religión de los hijos de Dios, de aquellos por los que oró Jesús en la cruz. Son actos de unión con Cristo en la cruz. Dice Santo Tomás: «En los sacramentos se pueden considerar dos aspectos: el culto divino y la santificación de los hombres. El primero es propio del hombre en relación con Dios. El segundo, a la inversa, es propio de Dios en relación con el hombre».³

Tal como he descrito hasta ahora los sacramentos, estos parecen una oración que bien pudo existir en el Antiguo Testamento. No parece intervenir directamente en ella Nuestro Señor Jesucristo. O en todo caso, lo alabamos como algo pasado cuyo efecto se prolonga en el presente, pero que no es necesario actualizar. Sin embargo, el que ora pidiendo, cree que es escuchado. No ora en el pasado, sino en el presente.

Cristo es necesario en el presente; por eso, los sacramentos también lo son, porque hacen presente a Cristo que escucha y responde. En consecuencia, para declarar los sacramentos necesarios, al hacer

3 «Respondeo dicendum quod in usu sacramentorum duo possunt considerari, scilicet cultus divinus et sanctificatio hominis: quorum primum pertinet ad hominem per comparisonem ad Deum, secundum autem e converso pertinet ad Deum per comparisonem ad hominem» (III, Q. 60, a. 5c).

presente a Cristo, hemos de decir que Cristo es necesario. Y no solamente necesario porque dio la vida por nosotros, porque eso lo hizo en el pasado, sino que es necesario, sobre todo, porque necesitamos su actuación presente porque es necesaria su encarnación, su cercanía, su Presencia, su actuación, su salvación.

Hemos dicho solo media verdad, ya que la salvación del ser humano está en el amor, en perder la vida como Jesús en la cruz, en rendir un acto de amor, que está dirigido a todos los hombres y vivido especialmente en el culto, cuyo acto más significativo, por lo que estamos diciendo, es el sacrificio de uno mismo por amor.

Pero lo más importante es que ese acto de amor pague nuestras faltas, sane nuestro egoísmo, destruya nuestros pecados, acabe con la separación de Dios. Necesitamos un sacerdote. Necesitamos a Cristo. Si nuestros pecados impiden que el Padre escuche nuestra oración, atienda nuestras plegarias, acepte nuestro amor, reciba nuestro acto de culto, entonces, nuestro amor sería un amor no correspondido, y solo serviría para nuestra desesperación. Sería el imposible hijo pródigo no recibido por su Padre.

Sin embargo, ha ocurrido al contrario. Ha venido el Pastor buscando a la oveja perdida. El Padre ha enviado a su Hijo al mundo. Ha venido el Perdón, especialmente desde una cruz alzada por nosotros mismos. Él ha roto todos los obstáculos.

Cada uno de los que venimos al mundo lo hacemos en pecado. Y cometemos pecados. Necesitamos a Cristo para que realice hoy, para nosotros, aquel prodigio de amor que hizo cuando estuvo entre nosotros. Necesitamos ahora a Cristo para que restablezca la unión con el Padre, por todos los pecados de todos los hombres, especialmente por los pecados más injustos, cometidos después de su cruz, después de su redención.

Por eso, no solo necesitamos que nuestra oración sea escuchada, sino que precisamos un acto de reconciliación previa.

Necesitamos una actualización de su cruz: los sacramentos no son solo un acto de los hombres; son un acto de Jesús en la cruz. Esa es la razón por la cual la Iglesia celebra los sacramentos. Su función intercesora permanece y es constitutiva, pues la realiza como Cuerpo de Cristo, con Cristo.

Oponer los sacramentos a la Palabra de Cristo es absurdo. El ser humano, confundido, alejado de Dios, desesperado por toda salvación, obstinado en el mal, que solo sabe odiar o defenderse, que cree que nadie le quiere, que piensa que el futuro es simplemente casualidad, y que no ve la mano de Dios por ninguna parte, no se va a acercar a dar gracias a Dios, ni va a suplicar, no va a pedir los sacramentos. Por tal motivo, el ser humano, ese pobre ser humano, necesita la Palabra que le invite a Cristo, a creer en su amor, a pensar en su providencia, a experimentar su perdón en los sacramentos. Nunca los sacramentos se pueden dar si no precede la gracia exterior de la Palabra y la interior de la conversión.

Comprendemos que la necesidad de los sacramentos está incluida en la necesidad más general, de Cristo, de su amor, de su Palabra, de su actuación concreta, de su curación, de su intercesión todopoderosa.

Los sacramentos son la obra de Dios y la obra del hombre, el diálogo divino entre Dios y el hombre, que restablece o fortalece la relación entre ambos. Por ello, tiene que ser celebrado en el momento presente, con personas presentes y concretas para que dé sus frutos también en el presente.

Hay quien habla de los sacramentos como algo innecesario pensando en la pasión y muerte del Señor y diciendo que declarar la eficacia de los sacramentos es aminorar la eficacia de ese sacrificio único. Eso es no comprender la historia salvífica. Ningún sacramento niega la eficacia de la cruz de Cristo, que es universal en el espacio y en el tiempo. Más bien la realiza. Porque la eficacia de la cruz no elimina

la libertad de la respuesta humana y, por lo tanto, en el espacio y en el tiempo tiene que proclamarse a Cristo para que el hombre concreto, marcado por el espacio y el tiempo, se acerque a Él. Pero para acercarse a la cruz, realmente, tendrá que estar presente.

Decir que desde la cruz Jesús perdonó a todos los hombres y, por ello, todos pueden disfrutar de su perdón en cualquier parte del mundo o en cualquier tiempo de la historia es cierto. Pero negar que el Señor pueda y quiera usar los instrumentos necesarios para hacer llegar ese perdón a cualquier hombre sería negar la necesidad de la encarnación, y hasta la misma necesidad de la entrega del Señor.

Si la encarnación no era necesaria, ¿por qué vino Jesús al mundo? Si fuera suficiente perdonarnos desde el cielo, ¿por qué bajó a la tierra? Responder que para hablar a los hombres es insuficiente, pues tuvo muchos profetas anteriores. Responder que por hacernos una gracia, un detalle innecesario, también sería insuficiente, porque no es un detalle morir en una cruz o ser despreciado por los ingratos y los pecadores, es decir, por nosotros. La respuesta es «porque era la voluntad del Padre», era lo que el Padre le pedía. Era porque un Hombre iba a responder con su vida al amor del Padre, y por esa respuesta todos los hombres iban a tener esperanza de salvación. Era porque la oración de Cristo en la cruz iba a salvar a todos los hombres. Era porque Dios había llegado para siempre a los hombres en Cristo, que era Dios y hombre. Era porque era necesario el Hombre.

Jesús se acerca a un pescador llamado Simón. Es de su agrado y acepta su amistad. Un día Simón no pesca nada en toda la noche; por la mañana, Jesús le invita a tomar de nuevo los remos y entrar en alta mar. El pescador experimentado se resiste. Finalmente, pesca tanto que no cabe. Cae de rodillas. Si eres Dios, ¿por qué has venido a mí que soy un pecador? Simón ha entendido el amor porque se ha acercado a él. Si creyeras que se acerca a ti, no dudarías de su amor. Lo mismo le pasa a Marfá; ella se aturde en la anunciación porque no

creer ser tan importante para Dios. En el pesebre, Dios se acerca a los pastores y a los pobres.

Decir ahora que no es necesario que Dios llegue al hombre concreto es negar la necesidad de la encarnación y la cruz. Decir que no es necesaria la respuesta del hombre a Dios es negar también la necesidad de la respuesta del Hijo encarnado al Padre. Decir que no es necesario que ese perdón toque mediante la instrumentalidad sacramental al hombre concreto de aquí y ahora es decir que no fue necesario que Dios tocara el hombre concreto en la humanidad de Cristo. Esa es la razón profunda de la necesidad de los sacramentos.

Entonces, ¿por qué ha habido un abandono general de los sacramentos? No tenemos que sorprendernos, creer en Dios es arriesgado. El ser humano huye de la fe. La fe consiste en confiar en otro, en reconocer que necesito de otro, en dejar que otro lleve mi vida.

Resulta necesario comentar brevemente la *Gaudium et Spes*, que cumple cuarenta años el presente año. En esta constitución, los obispos reunidos en el Concilio Vaticano II quisieron dar una palabra al hombre actual, una palabra de esperanza. Lo primero que hicieron fue un diagnóstico de este mundo en el que vivimos. Constataban los obispos los deseos de libertad de los hombres de hoy, que, en el fondo, son perennes. Hemos dejado el mundo del proteccionismo. Hemos dejado el feudalismo, donde los fuertes, a cambio de grandes y profundas dependencias, protegían a los débiles. Los débiles se sienten fuertes y quieren libertad. Este deseo de libertad llega a plantear que han dejado la dependencia de los poderosos, pero no de Dios.

El ateísmo, en realidad, comienza con un proceso semejante al matrimonio. Entre Dios y el hombre ha habido un amor. Poco a poco se ha llegado a pensar que las relaciones eran de opresor-oprimido. Y se ha producido un distanciamiento que puede haber derivado en odio. El hombre deja a Dios. Lo relega a un lugar, como

un asilo de ancianos, donde se le visita de vez en cuando, es decir que se trata de una visita rápida de compromiso. Pero el hijo queda en una inexplicable soledad. Hasta ahora vivió para sus padres. Ahora que los ha abandonado no sabe para qué vive. El concilio señala las características de la soledad de este mundo, marcado por signos contrarios a la voluntad de Dios sobre él.

Ciertamente, se dan estupendos y maravillosos progresos científicos y técnicos que nos hacen rápidas las comunicaciones, fácil el aprendizaje, cercanos a los hombres, rápido el comercio y mayores las riquezas. Esas comunicaciones más rápidas y cómodas, esos conocimientos que llegan a ser universales sin remedio, ese encuentro mutuo, esta globalización de riquezas, comercio, conocimientos, personas y actitudes, esos progresos técnicos, esas mejoras en las diferencias aduaneras tienden a hacer más fáciles las migraciones y los cambios sociales, aumentan las posibilidades económicas y transforman el paisaje social.

Sin embargo, actualmente, se produce un miedo a esos cambios positivos, se cierran las fronteras, se blindan las relaciones entre clases sociales. Se blindan también las conciencias. Se intenta blindar hasta la política. Ya no se pregunta al Papa si es lícito entrar en guerra con un país. Se ha olvidado lo único que justificaba un conflicto armado: la legítima defensa.

Hay cambios positivos, pero observamos también otros cambios no tan positivos. Incluso los inevitables cambios no siempre significan mejoras realmente humanas. No mejoran en la misma proporción los progresos éticos y, a veces, crecen las diferencias sociales, dejando endémicas bolsas de pobreza, analfabetismo, esclavitud e injusticias, aun dándose, muchas veces, unas aspiraciones a la igualdad humana y un sentido del trabajo humano, así como una estima creciente de los trabajadores y su dignidad. Se transmite tanto el bien como el mal, el ideal de la igualdad como el abandono de la

responsabilidad, las ideas de dignidad como las insanas, la fe como el abandono de Dios, la justicia como la tentación, y la profundidad como la superficialidad del que todo lo centra en las satisfacciones materiales.

La reacción no se deja esperar. Estas opresiones, a veces, generan nuevas rebeliones. Mientras tanto, la Iglesia parece ausente. En ciertos casos, por ello, las rebeliones no quieren saber nada de las religiones tradicionales. A problemas nuevos, soluciones nuevas.

El marxismo es una terrible crítica a la religión. Y está vivo. El ateísmo y la crisis de fe en algunos lugares hacen pensar que Dios es un estorbo para el progreso humano, pues aparta al hombre del compromiso con la realidad y le hace pensar en el cielo. Viene a decir que Dios es el opio que aleja al hombre de su legítima libertad, de su legítimo progreso y de su legítima autonomía y centralidad.

Este ateísmo, de una forma sistemática, quiere mantener a la Iglesia alejada y ausente del proceso de la liberación humana. Nos ha volcado hacia la justificación temporal de la existencia de la Iglesia y ha vuelto extraños a nosotros los sacramentos y su dimensión necesariamente trascendente. La Iglesia solo se justifica, ante los ojos de los ateos, y a veces ante los nuestros, por su servicio al cambio y a la liberación temporal.

En esas circunstancias, el abandono de la Iglesia y sus sacramentos es la conclusión directa. ¿Cómo pedir que celebre unos sacramentos alienadores? La Iglesia posee, sin embargo, la única forma de liberar al hombre realmente, porque ella es la que estima al hombre. En el pensamiento cristiano, Dios ha amado al hombre por sí mismo, independientemente de su nivel económico o de su utilidad aparente.

La Iglesia, dice el concilio, desea y favorece la igualdad y la estima de todo hombre y de su consiguiente e irrenunciable dignidad.

En la Iglesia, el hombre está defendido por Dios. Esta predica, sin embargo, que el hombre está amenazado por el pecado y necesita de Dios. No solo dice que el hombre no tiene que renunciar a su dignidad para ser hijo de Dios, sino que todo hombre que no se siente hijo de Dios no sabe ni lo que es.

El misterio de la muerte, el misterio del dolor, el misterio de los pobres, reciben su luz del misterio de Dios encarnado, en el que el hombre se ha convertido en camino del hombre, en el que el hombre ha recibido una palabra de amor irreversible. De ahí que solamente desde la fe en Dios tenemos la luz sobre la actividad humana y los objetivos y valores humanos, como son el respeto por la dignidad humana, la responsabilidad y la solidaridad, que serán juzgados por el mismo Dios que se ha hecho hombre. Debe la Iglesia, asimismo, iluminar la cultura, la familia, el matrimonio, la política, la justicia y la paz.

Una humanidad separada de Dios, que no concede al ser humano su suprema dignidad sobrenatural, permanecerá siempre esclava de su propia mentira y de su ignorancia; por ello, acabará sometida al caprichoso y esclavizador poder ciego de los intereses humanos. Es más, ¿quién defiende la dignidad última de quien solamente para Dios es importante si sus hermanos dejan de serlo porque se apartan de Dios?

En consecuencia, la Iglesia piensa que el hombre no puede prescindir de Dios, y que hacerlo es justamente lo que va a hacer daño al ser humano. Esa reconciliación con Dios, que es también sacramental, es condición de la felicidad humana. Por eso, la Iglesia, que considera al hombre necesitado de Dios, no cree que el hombre pierda en ella la legítima autonomía, sino que le reconoce la verdadera libertad en el cumplimiento de su vocación al bien.

Relacionemos esta pequeña meditación sobre el Vaticano II en la *Gaudium et Spes* con la necesidad de los sacramentos que

antes hemos indicado. En el Concilio Vaticano II, se define a la Iglesia casi como un sacramento de la unión con Dios y los hombres entre sí.

Sacramento es el signo y el instrumento de la gracia. Signo en dos sentidos, en el sentido de que los hombres dan un signo cultural de adoración a Dios, y signo de Dios que da su gracia a los hombres. En el primer sentido, el sacramento participa del carácter sacrificial y sacerdotal de la virtud de la religión. Siendo un sacramento del Nuevo Testamento, el signo solamente puede ser entendido como algo que nos une al signo de Cristo en la cruz.

Él ha dado al Padre el único sacrificio aceptable. La Iglesia es su cuerpo y, como tal, con Él, es aceptada. La aceptación cambia la dirección. Antes suplicaba el Hijo al Padre. Le amaba, le regalaba su amor, le regalaba su cuerpo, su obediencia en la cruz. Ahora es el Padre el que responde al Hijo que envió al mundo. Le responde al que está en la cruz resucitándolo y dándole todo poder en el cielo y en la tierra. Le responde uniendo su poder al poder del bautismo del que dijo «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra, vayan y hagan discípulos de todos los pueblos bautizándolos» (Mt 28, 19).

Después de ese acto de amor único, todo sacramento es también la respuesta de Dios mediante Cristo al hombre que lo pide: el perdón de los pecados y el derramamiento de la gracia, la divinización del hombre, su filiación. Y no solo es la respuesta significada, sino la respuesta realizada: Dios no solo responde Dios, da lo que se le ha pedido. El sacramento se distingue de la palabra porque da lo que esta significa.

La Iglesia es un signo levantado entre las naciones, dice el Concilio. Es un signo en medio del mundo, y un testimonio de la victoria del crucificado, un signo de Dios a los hombres. Es un signo de su amor y de la permanencia entre los hombres. Por esa razón, es perenne, indestructible, indeleble, indefectible.

En cuánto instrumento de esa salvación, que hace presente su poder, la Iglesia también lo es unida de modo permanente a la humanidad de Cristo. Dicha operatividad instrumental la realiza por todo lo que es y hace, pero especialmente en el momento sacramental.

Sin embargo, no hay verdadera Iglesia si los hombres no participan en ella. Debe ser también un signo de los hombres a Dios por medio del único mediador, Jesucristo. Lo es cuando mediante ella son celebrados los sacramentos y los fieles participan activamente en ellos.

Es evidente que, por eso, los sacramentos no son simplemente la oración de la Iglesia, sino la oración del Cristo total, de Cristo en sus miembros, que forman la Iglesia. Ciertamente, entonces, no podemos separar los sacramentos de la Iglesia ni separar los sacramentos de Cristo. Si no fueran de Cristo, solo serían nuestros. Si no fueran de la Iglesia, tampoco serían nuestros.

Los sacramentos, como toda la economía salvífica, pertenecen al tiempo de la historia. No pertenece al orden de la creación, sino al orden de la historia. En ella se da el encuentro o el desencuentro, la libertad y sus consecuencias, el perdón o el abandono. En ella se da la gracia, la llamada de amor de Dios y el encuentro con Él.

2. Servilismo en los sacramentos

Podríamos oponer a esta doctrina dos aspectos de la sacramentalidad que, mal entendidos, dan la impresión de servilismo: la fijez de los ritos que afecta a la validez, y la posibilidad del ministro malo.

En primer lugar, tenemos que comprender la doctrina del carácter. El carácter configura al ministro con Cristo sacerdote de modo que, por decirlo así, su índole ha cambiado. El ministro ha prestado al Señor, con su decisión, una parte de sí mismo que ha sido asumida de modo permanente como instrumento de Dios, según Santo Tomás,

para el bien ajeno. Se ha convertido en signo y en instrumento de la obra de Dios que, indefectiblemente, se cumple por medio de él.

El hijo es hijo para siempre (Jn 8, 35) y el hijo pródigo siempre encontrará la puerta y los brazos abiertos. Ha adquirido ese poder, que, si no fuera porque siempre precede la libertad divina, llamaríamos derecho. *El sacerdote lo es para siempre.* Su servicio sacerdotal lo identifica con Cristo sacerdote y pastor, de forma que, infaliblemente, siempre que el sacerdote haga su oficio, Cristo se convierte en pastor. Las ovejas encontrarán a Cristo en el sacerdote, en sus manos, y en unión con la misión episcopal, la palabra y el perdón.

Ese misterio del carácter en Santo Tomás ilumina algo estos temas de la fijeza del rito sacramental, que parece atentar contra la libertad de expresión, y del ministro malo, que parece atentar contra la santidad de la Iglesia.

Así como el hijo es hijo para siempre de modo fijo y siempre tendrá en su vocación más profunda la seguridad del amor paterno sin necesidad de volver a ser adoptado, de modo que, en ese sentido, la victoria del bien sobre el mal se ha convertido en esa vocación de ser hijo en algo constitutivo, así también en la acción sacramental sabemos que está Dios para siempre, y que nunca, ni por un ministro malo, ni por nada, Dios faltará al hombre. Es algo seguro, ya que es Dios y no el hombre el que realiza el rito sacramental cuando se hace y se dice, en ese rito, lo que Dios quiso.

El hecho de que Dios ocupe el lugar principal origina que no se relacione la libertad de expresión con el sacramento. Cualquier hombre puede recibir el sacramento. El protagonista es el Señor. Si el ministro presta sus manos y su voz, es Dios quien las usa: la presentación equivocada del sacerdote como actor, y el sacramento como espectáculo debe ser matizada.

El fiel es quien, admirado, participa en algo que le supera, no el que juzga un espectáculo. Es más bien el que asiste a la muerte del

Señor. Es el que dice que no es digno. Y es el sacerdote quien sirve con sus manos al Señor como alimento a sus fieles, no el protagonista de un supuesto espectáculo. La eucaristía es un encuentro con Dios en la oscuridad de un intercambio donde los elementos externos son secundarios. Es elemento externo la elegancia del rito, la inteligencia del predicador o la bondad del sacerdote.

Santo Tomás es un defensor de la fijeza del rito sacramental. La inmutabilidad del rito sacramental tiene para el santo una razón y es la significación objetiva del rito.

Jesús no usa al Padre para su propio beneficio, no ama de modo utilitario o interesado al Padre. Jesús ama al Padre y su voluntad. Le obedece. La libertad de Jesús no se somete servilmente, sino que por amor se identifica con la voluntad paterna, y en ese amor se ve el verdadero sentido de la obediencia que siempre es un acto de fe y amor. Esa obediencia restaura el orden perdido por Adán. Las pasiones y los poderes maléficos se someten al Hijo, y este, por la fe y el amor al mandato del Padre, no puede engañarse ni engañarle. Hasta su muerte.⁴

Eso, que de modo inefable se producía en la Trinidad inmanente, el amor o la unidad del Hijo con el Padre, sin confundirse por ser personas distintas, y sin separarse por ser de la misma naturaleza, por la unión hipostática que se produce ahora entre Jesucristo y el Padre según Heb 10, 7, en la historia: el Hijo cumple la voluntad del Padre y realiza un misterio de obediencia que convierte su humanidad en instrumento del designio salvador del Padre. Eso mismo ocurrió en María y ocurre en la Iglesia.

La fidelidad a la voluntad de Dios traducida en el sacramento por fidelidad a la voluntad de Cristo en los ritos para que realicen lo que significan y signifiquen lo que Cristo quiso, justifica la

4 Si profundizáramos este punto, quizá, se podría establecer con mayor claridad la relación cristológica de la unión hipostática.

inmutabilidad que propugna el santo en los ritos sacramentales; al menos, la obediencia a la voluntad de Jesús en este campo no es intrascendente. En realidad, esta obediencia hace que el ministro sea un instrumento de otro y es la intención objetiva necesaria para la eficacia sacramental. Eficacia indefectible.

Sin embargo, es posible un ministro malo. El misterio de la eficacia objetiva del mal ministro ilumina lo que se entiende por instrumento. El prototipo es Judas. Este sacerdote Judas ofreció a Cristo, no en el amor eucarístico, sino en la cruz. El sacrificio fue inválido porque no se quería ofrecer un sacrificio de amor y no había intención de hacer lo que hace la Iglesia. Pero es un remedo de celebración eucarística a tener en cuenta. Cristo fue entregado, no obstante fue el que se entregó como verdadero sacerdote, y los efectos salvíficos de tal acto de amor son inconmensurables, sin embargo, el ministro de esa entrega, ministro del diablo, se perdió. Cumplió la voluntad de Dios de algún modo, aunque con un fin malo. Dios saca bien del mal, por eso, no pudo torcer su designio.

El ministro malo es malo moralmente, pero no puede convertir en malo el sacramento que ofrece. Optato de Milevi ya había explicado este tema y San Agustín lo explicita más claramente en la polémica antidonatista, que se ha repetido en la herejía albigense y en la protestante.

Jesús manda a sus apóstoles a bautizar (Jn 4, 1: «Cuando supo Jesús que los fariseos sabían que él hacía y bautizaba más discípulos que Juan aunque no bautizaba Jesús mismo sino sus discípulos—») y no le dice a Judas «no bautices». Porque bautice Jesús, Pedro, Juan o Judas, el efecto es el mismo. A Judas no le permitiría que bautizara menos.

No ofrece Judas más que la intención de ese instante y el que hace la obra es Dios. La fuerza no viene de Judas, sino de Dios. La intención personal de Judas, cuando obedece, no importa; no importa si busca honra o influencia. Dios bautiza siempre por medio de él. Basta

que Judas quiera hacerlo y lo haga. Cuando Judas decide traicionarle cumple terriblemente su función sacerdotal (Jn 13, 21-30), y cuando Caifás (Jn 11, 50-51) dice que es preferible que muera uno por el pueblo, cumple su función profética. Asimismo, cuando Jonás (2, 4) predica a Nínive como pastor malo para amenazar, amedrentar y desesperar, Dios, por sus palabras, consuela, da esperanza y anima al arrepentimiento.

Nadie cambia la providencia de amor de Dios, pero (advierte Santo Tomás en 3, 82, 4c) quien ofrece el sacrificio comulga de él, es decir, que a sí mismo se ofrece, que participa e imita aquello que presenta, a Cristo en la cruz. Judas no comulgó de Cristo más que sacrílegamente. ¡Se trata del misterio de no gozar de la salvación de la que se es instrumento, del misterio del mal sacerdote!

Sin embargo, el instrumento, el sacerdote que ama a Dios, dócil en las manos del Padre, realiza no solo el sacramento, sino que hace presente, como un signo, la imagen de María y del Señor, cuyo gozo es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra (Jn 4, 34). La esterilidad absoluta del ministro es imposible en la Iglesia por la indefectibilidad del sacrificio de Cristo. Pero una relativa esterilidad sí es posible.

3. En relación con la cristología

Un miedo es lo que Dios quiere vencer; por eso, envía la misma santidad al mundo, su Verbo, su Hijo. Viéndole vivir, se entiende que Dios es bueno y que vivir con Él es lo mejor. Viéndole morir, se entiende que el camino del sufrimiento no es un camino de desesperación, sino de amor.

Uniéndose a Él, que, misteriosamente, no es algo solo intencional, sino real, se produce ese mismo efecto. Por la unión con Jesucristo se produce la asunción del hombre y su salvación. Y

el hombre sigue su camino, no solo por imitación moral, sino por asunción personal. Un camino de gracia.

La relación con Dios se llama fe. Por ella se da una continuidad ininterrumpida en la historia de la salvación y de la encarnación. Recordemos Rom 5, 12:

En consecuencia, igual que por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte [...]. Si por el delito de uno solo murieron todos, mucho más la gracia dada por Dios, el don de la gracia que correspondía a un hombre solo, Jesucristo, sobró para todos [...]. El proceso, a partir de un solo delito, acabó en sentencia condenatoria, mientras la gracia, a partir de una multitud de delitos, acabó en sentencia absolutoria [...]. Si por el delito de uno solo la muerte inauguró su reino, mucho más los que reciben esta abundancia de gracia y perdón gratuito, viviendo reinarán por obra de uno solo, Jesucristo. En resumen, lo mismo que el delito de uno resultó condena de todos los hombres, así el acto de fidelidad de unos solo resultó en indulto y vida para todos los hombres; es decir, como la desobediencia de aquel solo hombre hizo a todos pecadores, así la obediencia de uno solo volverá a todos justos.

San Pablo nos explica que la integración en Adán, que no se puede negar, nos ha causado la separación de Dios. Nuestra solidaridad con Adán es por naturaleza, pero su pecado es histórico. Luego, la historia es heredable de algún modo. Y esto porque compartimos con él la naturaleza.

Ahora hemos sido integrados en Cristo por un acontecimiento histórico y también compartimos con Él la naturaleza humana. Ese acontecimiento es la gracia de Dios de que un hombre ha pedido

perdón por nuestros pecados. En la aceptación de este hombre está la nuestra.

Nosotros aceptamos la oración de este hombre por ese acto de adhesión a Él que en la Iglesia se suele llamar fe. La gracia que sigue es una gracia de su capitalidad. La entrada en su, por así decirlo, cuerpo (místico, aunque real, como real era la participación del pecado de Adán) hace que gocemos de todo lo suyo «Todo lo mío es tuyo» (Lc 15, 31).

4. Distancia histórica entre Cristo y nosotros

Ciertamente, mientras estemos en la historia, esa distancia histórica entre el acontecimiento Cristo y nosotros debe ser superada para que esa salvación pueda hacerse presente y real. Esa es la razón de la existencia de los sacramentos y demás medios de salvación, entre los que está la misma Iglesia institucional. En ellos, en ella, debe estar inmediatamente el mismo Cristo, por eso, Santo Tomás los hace provenir directamente de Él, así como la Iglesia. Si no vinieran directamente de Él, la relación no sería inmediata, sino mediata. Ello no sería problema si no fuera porque la Iglesia tiene, como humana, una dirección hacia arriba, hacia Dios, en su oración suplicante, y solamente Dios puede establecer una relación inversa, de gracia: los sacramentos solo pueden venir directamente de Dios.

Cristo comparte con la Iglesia la dimensión suplicante en cuanto hombre y sirve como instrumento del Padre en la dimensión descendente, de gracia. La Iglesia, solo si se da la presencia de Cristo, puede ser instrumento de la gracia. La Iglesia no es la que da la fuerza eficaz a los sacramentos, sino la que la transmite. La Iglesia es instrumento de Dios para los sacramentos y, a la vez, efecto de ellos.

En el sacramento de la eucaristía se produce la presencia no solo del resucitado, sino de la entrega de Cristo, ya realizada en la cruz, pero siempre presente y constante. Entonces, comprendemos que debe haber una diferencia entre esa presencia constante y la recepción de esa misma presencia en nosotros. Porque Jesús, en su vida, pudo ser rechazado. En los demás sacramentos solo está la *virtus*, la fuerza de Cristo. En la eucaristía está Él mismo, y no viene inmediatamente para poder ser aceptado o rechazado. De todos modos, en virtud de la encarnación, está presente, como estuvo presente en este mundo, para que hagamos con Él lo que deseemos.

5. Eucaristía, sacramento del sacramento de Cristo

Ante todo, es necesario reseñar que muchos se han preguntado cómo es la causalidad en Santo Tomás. Hay que distinguir la causalidad de los méritos de Cristo que sería discutible si es moral, pero podría ser, pues se trata de una súplica al Padre y toda súplica no puede obligar,⁵ y lo que Cristo ha recibido después de su resurrección —«se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 19)— le capacita para los sacramentos por el Espíritu.

Esta segunda causalidad es descendente y, con claridad, Santo Tomás ve que es una acción inmediata (por su naturalidad se le ha llamado física) por la que usa de los ministros como instrumentos, pero cuya fuerza proviene de Dios. En ese caso, la Iglesia es el ministro y los sacramentos los actos. Pero todos deben proceder de Cristo para ser usados como instrumentos libres en una acción cuya

5 Aunque si tomamos en serio la unión hipostática, hemos de decir que no es lo mismo una súplica nuestra que una súplica de su humanidad, cuya unión con la divinidad no es moral; yo diría más bien que el Hijo siempre ama sin exigir, y pide sin obligar, pero que nuestros conceptos de libertad como capacidad de decir «no» no son aplicables a la Trinidad.

continuidad eficaz no puede ser interrumpida. Por ello, la unión de los instrumentos con la causa eficiente no puede ser simplemente moral. Dejarían de ser instrumentos para ser causa dispositiva del sujeto o causa meritoria por la oración y, en este segundo caso, no necesaria.

En la eucaristía, a diferencia de otros sacramentos, no se trata solo de una acción, porque deja la presencia de Cristo. En ella está separado el momento sacramental (consagración), el de la presencia real, y el de la comunión, aplicación o uso del sacramento.

En todos los demás, el uso del sacramento es el momento de la presencia divina, que en ese momento existe y actúa. En la eucaristía, los momentos están separados. Esa diferenciación hace llamar a la consagración sacrificio y a la recepción sacramento. La palabra sacrificio significa el memorial perenne del sacrificio único de la cruz por el que Cristo se entrega al Padre para la salvación de los hombres. En aquel caso, el de la cruz, es cruento y en este incruento. La relación entre ambos es la relación sacramental.

La relación sacramental no disminuye nunca la eficacia y la realidad de la presencia, sino que hace referencia a la significación y la aplicación. En consecuencia, el sacrificio de la cruz se hace presente en la eucaristía significado en el ofrecimiento de Cristo en la última cena y aplicado en toda su eficacia impetratoria a la consagración eucarística.

Si la eucaristía es un verdadero sacrificio porque hay un sacerdote y una víctima, hemos de decir que hay una súplica y una respuesta. Sin embargo, cómo puede ser el mismo sacrificio no parece una cuestión acabada. Es el mismo, pero la pregunta es cómo. Si es el mismo (dicen los protestantes que aceptan la presencia real), no es necesario hablar de sacrificio en la misa, porque eso significaría repetición y no se repite. Pero no se dan cuenta de que también es el mismo bautismo aquel en el que Cristo recibió la bendición del Padre («Tú eres mi hijo», Mt 3, 13-17) y cada uno de los bautismos en los

que los hombres se vuelven miembros de Cristo recibiendo esa misma bendición.

Una vez que se ha producido el sacrificio de la cruz, cualquier obra que lo recuerde aplica su omnipotente eficacia. También aquella obra por la que el mismo sacrificio se hace presente. En este caso, no es para aplicar directamente la eficacia lograda en favor de un solo hombre, sino de todos, y para hacer presente el hecho en sí.

Si hemos de decir que Jesús todo lo puede desde el momento en que Dios Padre lo resucitó, habremos de decir que el sacramento del sacrificio no solo hace presente a Cristo resucitado, sino que hace presente el mismo sacrificio por el que hemos sido perdonados, porque Cristo está siempre ante el Padre intercediendo en nuestro favor, que es exactamente la obra de la cruz.⁶

La cruz sigue abriendo las puertas del cielo, mientras el hombre peque; luego, la cruz no pertenece al pasado. Su presencia en el mundo es una intercesión por los hombres, y no solo los del pasado, sino los del presente. Se me dirá que Heb 10, 18 señala que si ya el perdón es un hecho no hacen falta nuevas ofrendas por los pecados. Pero recuerden que Hebreos piensa que el cristiano no peca más.⁷ Si no hay más pecados, no hacen falta nuevas ofrendas por los pecados. Pero el sacrificio único puede ser celebrado y hecho presente constantemente. El texto de la carta a los Hebreos no excluye lo que era un hecho en las comunidades desde el principio, la fracción del pan (Hech 2-4).

Por lo tanto, lo que ocurría en los tiempos de la carta a los Hebreos es que la humildad del gesto, la humildad del amor fraterno, la aparente ausencia de trascendencia de las acciones de los cristianos, el aparente fracaso de la cruz, la dificultad de su interpretación y la envidia del fasto del templo de Jerusalén, así como el miedo a la

6 Véase Heb 10,19-21.

7 Véase Heb 10, 26-30.

persecución (10, 32-33) habían motivado la tentación de volver al judaísmo. Y en este caso, es necesario que se vea a Jesús como un sacerdote cuyo efecto es eterno. No se dice que no haya que celebrar la eucaristía o el bautismo para aplicar ese efecto. Más bien lo contrario, como insinúa Heb 13, 10.

La principal misión de la cruz fue el perdón de los pecados de los hombres que nos devuelve la amistad divina. Pero eso nos hace preguntarnos, con nuestros hermanos protestantes, por qué insistir en que ese sacrificio es necesario que esté presente en la eucaristía.

Nosotros sabemos que está porque es doctrina permanente de la Iglesia. La razón por la que creemos que está es por hacer presente no solo los efectos de Cristo, sino al mismo Cristo intercediendo por nosotros y, con ello, hacer presente la unión de Cristo con nosotros. Si esa unidad se produce definitivamente por la humanidad y la salvación por la cruz, la presencia de Cristo crucificado y resucitado, ya que el resucitado siempre lleva los estigmas de la pasión, no es absurda, sino conveniente. La oración del cristiano y su amor y sacrificio por amor a Cristo se hace presente en la eucaristía en unión con la oración de Cristo en la cruz.

Por otro lado, Cristo está sufriendo en sus miembros hasta el fin del mundo (Col 1, 24).⁸ Si estas frases paulinas no son simplemente metáforas (y si lo fueran, también lo sería la unión de

8 Aunque no se puede añadir nada a sus méritos, sí a nuestra perfección y disposición. Las tribulaciones apostólicas de Pablo son necesarias (2Co 1,5; Fil 1, 20): «Cristo habita en el Cristiano por el bautismo y la eucaristía», comenta la nota de la Biblia de Jerusalén de este lugar citando 1Co 6, 15; 10, 7; 12, 12s; 12, 27; Ga 2, 20 y Ef 5, 30. Por eso, los sufrimientos del cristiano son los de Cristo, y también su resurrección. La resurrección de Cristo viene a ser la del cristiano: «Llevamos siempre en nuestros cuerpos el morir de Jesús para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2Co 4, 10-11).

Cristo con nosotros), es posible un sacrificio perenne actualizado sacramentalmente y de modo incruento en la consagración. No es lo mismo el sacrificio de Cristo personal y el de sus miembros. Porque el de sus miembros, por ser nuevos, también debe ser nuevo. De modo que toda eucaristía, que es el sacrificio del Cristo-Iglesia, Cristo total, debe ser también un nuevo sacrificio, que no aumenta los méritos de la cruz, pero que la solidaridad de los nuevos miembros de Cristo en la muerte hace especialmente eficaz.

6. Pasado y futuro

No hay que extrañarse de la presencia real y de la presencia real de acontecimientos del pasado. Si hay presencia real debe haber una presencia del Resucitado tal como es, inafecto al tiempo y al espacio, que por haber pedido por todos los hombres (texto eucarístico) llega efectivamente a todos los hombres. Todos reciben el efecto de su oración, aunque el tiempo afecte a los demás hombres y, por eso, tenga que bajar Jesucristo a los infiernos.

No creo que sea asimilable la presencia del resucitado a la de los demás justos, porque así como a Dios en Cristo se puede atribuir las características humanas, mientras estuvo en este mundo, al hombre Cristo se le podrán atribuir las divinas, ahora que ha sido recibido por el Padre, cosa que no ocurre con los demás justos, cuya presencia en el cielo debe ser semejante a la del cuerpo de esa cabeza y, cuya presencia en el seno de Abraham o en el Purgatorio, debe ser semejante a la de los justos que en la tierra se purifican hasta el encuentro, *servatis servandis*. La presencia real que supera el espacio y el tiempo se hace presente en todos los sacrificios eucarísticos con los estigmas del Resucitado.

Nos extrañamos del sacrificio de este Abel voluntario y de la muerte de los buenos, solo comprensible desde el amor. También nos extrañamos de la indudable y reiterada culpabilidad de un mundo difícilmente redimible. El sacrificio de Abel sigue orando por los culpables hasta el fin del mundo.

Es más persistente ese amor que el pecado. Ciertamente, el hombre tiene que recorrer un camino y es necesario el concurso de la oración de la Iglesia para que, en cada eucaristía, no solo Cristo se ofrezca, sino que sea agradable a Dios por nuestra ofrenda además de la suya. Por esa razón, cada eucaristía debe ser un acto de culto a Dios, un acto de oración con Cristo al Padre, un memorial que hace presente el acto del calvario, donde la separación sacramental entre cuerpo y sangre hace presente el único verdadero y definitivo sacrificio de Cristo, pero con nosotros. En ella deben ser presentadas nuestras oraciones con las de Cristo.

Si en el acto de mayor injusticia, que fue el sacrificio del Inocente, se operó la redención del pecado del mundo, ¡qué será cada eucaristía donde Cristo está victorioso y resucitado ofreciendo de nuevo ante el Padre la única ofrenda que ha obtenido el perdón de los pecados!

Si todo esto solo fuera símbolo, no podríamos hablar de encuentro con Dios. Pero el pecado es individual, como el mérito, la fe y la oración. ¿Cómo puede llamarse oración de la Iglesia y acto litúrgico lo que debe ser un diálogo individual? La separación entre lo individual y lo comunitario es artificial. El hombre, aunque siempre es individual, vive en comunidad. Con otros aprende, celebra, comparte, ora y recibe. Los sacramentos, que siempre son individuales, se reciben de otro, para señalar que son de Dios. Este es el único en el que el ministro recibe de sí mismo la comunión, pero es porque la presencia real hace que sea Cristo quien, ya presente, se ofrece a la comunión del

sacerdote. Nadie se bautiza a sí mismo, pero sí se puede dar uno a sí mismo la comunión porque, por un lado, es Cristo y, por otro, es fiel. Y Cristo está verdaderamente ante él, ofreciéndosele.

Sin embargo, el tema de la eucaristía es que no se puede separar la presencia de Cristo de la santificación que opera en el hombre. No se puede separar, como sacrificio, ni en el origen, ya que nadie pudo parar el don del calvario y su eficacia santificadora universal en el espacio y en el tiempo, ni en el sacramento eucarístico, que posee las mismas características.

Tampoco es posible separar la presencia de su efecto santificador en el sacramento, es decir, en la comunión. En ella, cada fiel es insertado casi físicamente en Cristo y viene a pertenecer a la Iglesia, come y se transforma en lo que come. Come y adquiere las fuerzas de Cristo. Depende el efecto, sin embargo, de la disposición del que comulga, de su fe.

La presencia hace referencia no solo a la pasión y muerte, sino también a la resurrección de Cristo porque la presencia es el efecto directo (*res et sacramentum*) del sacramento del sacrificio de Cristo realizado en la consagración. Y esa presencia no solo es el Resucitado, sino que el Resucitado es la consecuencia de la muerte.

La resurrección en Cristo es la respuesta del Padre. La pasión es el proceso, la muerte y resurrección el estado final. La presencia debe hacer referencia al estado en que está el Señor en el cielo y, por ello, al estado final. Sin embargo, aquello a lo que invita la eucaristía al fiel debe hacer referencia más bien a la unión con Cristo y esto es un proceso. La unión del fiel con Cristo se produce espiritualmente en la consagración y efectivamente en la comunión. El proceso de la transformación de Cristo se conoce como pasión. La vida del cristiano que comulga le identifica con la pasión de Cristo.

7. Alimento

Al signo de la sangre derramada se une el signo del alimento. No es solo la de Cristo una sangre derramada para salvar a otro, para pagar por otro o por amor a otro («Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos», Jn 15, 13-15), es una sangre que se bebe bajo la especie de vino.

Por eso, no se puede olvidar por qué los judíos tenían reparo en beber sangre para comprender ese misterio. La carne es el cuerpo y la sangre el alma. Cristo nos da su alma, que, a partir de ahora, reside en nuestro cuerpo y nos da su cuerpo para ser una sola cosa con Él, como ocurre con el alimento.

No es solo que pagan nuestro precio, sino que lo llevamos puesto, como las mujeres llevaban las dracmas colgando de su velo.⁹ Quien nos mira, no puede despojarnos o prescindir del valor añadido, la sangre de Cristo. Ni siquiera nosotros, que, una vez aceptada la comunión, hemos aceptado ser esposa de Cristo porque «serán los dos una sola carne».

Los sacramentos lo son por ser acciones del hombre y de Dios a la vez. En ese sentido, la Iglesia no es sacramento porque no es una acción, aunque sea el ministro, el receptor, el depositario y el beneficiario de los sacramentos.

El sacramento de la eucaristía, sacramento sui géneris, es múltiple. En este sacramento, al menos, hay dos cosas que contemplar, la consagración y la comunión, que, de por sí pueden estar separadas. Este es un caso único entre todos los sacramentos, aunque también el orden posee multiplicidad, ya que en él hay tres grados sin haber tres sacramentos.

9 «El que se une al Señor se hace un solo espíritu con Él [...]; habéis sido comprado a gran precio [...]; glorificad a Dios con vuestro cuerpo» (1Co 6, 16-19).

La parte humana se ve más en la consagración, donde hay un acto de culto del hombre a Dios, pero un acto de culto unido a la pasión, acto de culto del mismo Hijo de Dios, que, hecho hombre, padeció, y lo hizo como un acto de obediencia. Por ello, es un sacrificio de Cristo. Es el mismo Cristo el que suplica por boca del sacerdote en la eucaristía.

La parte divina se ve también en la consagración que es el acto por el que Dios se hace presente para ser compartido en la comunión. Si, en los demás sacramentos, se da una acción salvadora de Dios por la mano del ministro, aquí solo se da un acto, la consagración, donde no se ve directamente la aplicación individual, donde al ministro no se le ve directamente en la función salvadora, en él se hace presente el Señor para ser recibido después. En los demás está la virtud salvadora más evidente y en este la presencia.

La comunión es la aplicación individual del sacramento. En ella, la acción del sacramento se producirá después en el alma humana, no por la acción del ministro, sino desde la misma presencia sacramental. De modo que ha habido una separación en el tiempo, entre la acción ministerial que es más la de la consagración y la acción directa que se da en la comunión, que, sin embargo, aunque recibida del propio Jesús, es menos sacerdotal y la puede dar alguien que no es sacerdote.

Esa separación da claramente la posibilidad de la presencia de Cristo ofrecido sin que esta salve a quien no está preparado a recibirla. Santo Tomás habla de que se produce lo que se significa, si el alimento significa fortaleza, renovación, reparación, etc., es lo que produce. Pero como el alimento se une totalmente al que lo recibe, esa es la principal función la unión con Cristo. El recibirlo en una liturgia convival que recuerda la Pascua nos debe significar que de alguna forma se realiza lo que la Pascua anunciaba: la salvación definitiva del pueblo por medio de un éxodo de este mundo al Padre.

La separación entre consagración y comunión hace que se deba hablar de presencia permanente. Es la separación entre encarnación y vida pública. Todos los sacramentos deben tener en la eucaristía su culminación y plenitud porque todos son preparaciones para la máxima unión que se produce por la comunión eucarística de modo objetivo.

La máxima participación de Cristo, sin embargo, se produce cuando uno da la vida por Él. La fe y el amor son la máxima unión con Cristo. Sería triste que ese sacramento de amor fuera solo una excusa para una comunión egoísta donde no se aprecia lo que se consume. Cuando comulgamos participamos no solamente del fruto del sacrificio, sino del mismo sacrificio. Porque comulgamos después de haber perdido la salvación uniéndonos espiritualmente a Cristo que suplicó desde la cruz.

En consecuencia, hemos ofrecido cuanto somos a cambio de la salvación. Y se nos ha aceptado la petición. Ese ofrecimiento es real. La comunión es un intercambio. Por eso, debe haber una real transformación en ella. El éxodo es un abandono. No es solo una situación nueva del hombre, es un hombre nuevo.

De todos modos, todos los sacramentos guardan de alguna forma ese esquema. Por un lado, transforman algo objetivo previamente a su fructuosidad o a su aplicación. En todos ellos se da una parte de culto, de petición y una parte de respuesta. En todos hay una memoria de la encarnación y de la Pascua. Pero en ninguno como en este. En el bautismo, por ejemplo, el que lo recibe nunca pierde el carácter, que es una configuración con Cristo por el que está preparado para participar fructuosamente en la eucaristía por ser miembro de su cuerpo. Ciertamente, no se pierde en caso de pecado. Y por él puede funcionar la reconciliación de la penitencia, ya que es hijo, como el pródigo, esa es la fructuosidad del bautismo. Pero al ser algo permanente no es la presencia del hijo de Dios, no es la

encarnación. Y recibíéndose en virtud del perdón ganado en la cruz, por no ser el mismo Jesús el que está en el carácter, no es tampoco el mismo sacrificio de la cruz lo que se hace presente, sino su efecto. El carácter es una participación del sacerdocio de Cristo por el que se puede acercar al Padre. La eucaristía es el mismo Cristo, que, sacerdote, hace presente todo el bien de la salvación que es la unión con Dios.

Extraña, sin embargo, que este sacramento se pueda repetir y sea el sacramento-plenitud. Pero se repite, como el alimento, porque el hombre cambia y cada momento del hombre puede ser de separación o de unión, y en cada momento necesita fuerzas nuevas, y una renovación de la misma unión con Dios por Cristo.

Es importante, por ende, que se comulgue, que se haga frecuentemente. El santo ve que el día es un ciclo en la vida en la que el alimento debe ser recibido de nuevo. Y que no se separen demasiado los distintos momentos eucarísticos porque están unidos no solo sacramentalmente, sino que al hombre le corresponden distintas formas de participación complementarias: a la consagración, la ofrenda de sí; a la presencia, la adoración y a la comunión, la transformación del hombre por el mismo Señor y la unión con Él.

Queda claro, pues que este sacramento tiene un gran significado, el mayor. Quizá se deduzca de ello que posee el máximo grado de necesidad, pero no es así. También se puede pensar que la fructuosidad de este sacramento depende exclusivamente de las disposiciones con que se recibe y tampoco es así.

8. La obstinación de la presencia

Una de las cosas que más sorprende en los Evangelios es cómo Jesús, pudiendo escapar de la muerte, se queda y la padece. Cómo es que Abel no escapa de Caín. Si Abel le hubiera podido prestar su sacrificio a Caín, lo hubiera hecho. Si Cristo hubiera podido prestar a los sumos

sacerdotes su filiación divina para que el sacrificio de los sacerdotes fuera suficiente, lo hubiera hecho. Pero ellos le sacrificaron a Él. Jesús tuvo que ser el sumo sacerdote de su propio sacrificio. Abel no puede sustituir a Caín, aunque hay un momento en que Caín se convierte y se suma al sacrificio acepto de Abel. Hay un préstamo, un paraguas que cubre a Caín a costa de Abel. De hecho, en ese préstamo consiste la salvación.

Sin embargo, los que mataron a Jesús lo hicieron por la misma razón por la que Hitler acabó con los judíos o la Revolución Francesa con los sacerdotes. No podían soportar tanta bondad. El sacrificio en manos de un frívolo parece frívolo. De este modo, acabaron con miles de personas, como cualquier trabajo, como si mataran moscas, sin concederle importancia.

Ahora ocurre lo mismo. La presencia real significa que no se aparta Jesús de nosotros. El interés de Jesús por estar presente se observa en la pasión. Pero lo más triste de la liturgia es la frivolidad con que se acude, se comulga y se celebra. Cristo solamente necesita un pequeño orificio para filtrarse, un poco de atención para salvar. Pero, como un microbio, lo que entra es Cristo. La fuerza de la levadura no está en su tamaño, sino en su índole. Santo Tomás parece que alude a ese interés acentuando que la comunión produce por sí mismo lo que significa, es decir que la comunión vale no porque la recibimos, sino porque es verdaderamente Cristo. Por eso, insistirá constantemente en que debe ser recibida: si no hay un inconveniente grande como pueda ser el pecado mortal, se la puede, se la debe, recibir, y se la debe ofrecer. Eso nos hace pensar que la eucaristía realiza lo que significa. Y lo hace ella.

Una de las cosas que más extrañan en el Evangelio, además de esa obstinación por permanecer allí donde los sumos sacerdotes toman la decisión, se convierten o matan, es aquella otra más antigua de buscar a los pescadores de Galilea. Ciertamente, los busca porque le necesitan, pero además, los busca porque los ama. Los amó

desde la creación del mundo. Será el mismo Jesús quien los vaya transformando.

Así hace con los que lo reciben. Va a casa de Simón el leproso porque le invita, a pesar de su poca disposición. Le hace ver que la pecadora a sus pies le está ganando, porque le recibe mucho mejor, pero ama a Simón y no se va de su casa, porque quiere convencerle. De este modo, no se puede decir que la obra en la pecadora la haga ella, sino Cristo. Pero tampoco en Simón lo hace Simón, sino Cristo.¹⁰ Por ello, la recomendación general es «recfbele». Es Él quien va a hacer su obra en todo aquel que no le cierre las puertas. Él a nadie desprecia, sino que a todos ama.

La comunión no es un premio, sino un alimento. En este punto, sin embargo, interesa observar que el pecado mortal no es simplemente una dificultad en el camino del amor a Cristo, sino un verdadero impedimento. El pecado mortal es la separación de Dios. Separación que permanece, mientras el hijo pródigo no sea recibido o la oveja perdida salvada. Está cerca de la muerte. Por ser separación consciente, libre y permanente no tiene remedio, mientras no se dé la voluntad de reconciliación por parte del hombre, porque por parte de Dios siempre se da.

Esa voluntad de reconciliación debe ser como cuando el plato de una balanza vence al otro plato. Dios debe pesar más que el pecado. No se trata del sentimiento de nostalgia, sino de un verdadero arrepentimiento y una voluntad de restablecer la situación perdida si el Padre lo acepta. Mientras esa situación no se restablezca de algún modo en el corazón humano, de manera que venza el Señor, se da una situación contradictoria con lo significado por la eucaristía, que es la unión con Dios por Cristo. Y toda comunión, en ese caso, sería como el beso de Judas.

10 Véase Lc 7, 36-50.

La comunión infructuosa se produce también cuando no hay voluntad de unirse con Cristo, en una persona que la puede tener. En el caso de no querer crecer en el amor a Cristo, no querer arriesgar nada por Él, no querer que Él alimente la propia vida, se da la comunión de Simón el fariseo, en el banquete en que Cristo opuso la comunión de la pecadora con la suya,¹ así como una dificultad en el discernimiento. El fariseo no discierne como la otra que ha entrado la salvación en su casa² y, entonces, no le recibe bien ni se aprovecha bien de lo que Jesús le quiere dar. Jesús quiere que nos aprovechemos bien.

Así, es necesario insistir en los tres requisitos que la Iglesia pone en la preparación a la comunión, uno externo y menor, signo de los otros, el ayuno eucarístico, que nos prepara a pensar en lo que significa (no solo de pan vive el hombre), y dos interiores: estar en gracia de Dios y saber a quién recibimos.

Lo único que se exige por parte del hombre es no poner óbice, por eso, Santo Tomás va a insistir en facilitarse, en recibirlo frecuentemente, en gozar de los frutos que causa en los humildes y necesitados. Lo único que hace falta para recibir a Jesús es un establo con las puertas abiertas. Hay una progresión en la fructuosidad de la eucaristía que depende del sujeto que la recibe. Por eso, nos correspondería conocer las condiciones del crecimiento en el amor que es el efecto de la eucaristía.³

Dice el Santo: «Este sacramento confiere espiritualmente la gracia junto con la virtud de la caridad, por eso, el Damasceno lo compara con el carbón candente»,⁴ pues «Como la pasión de Cristo, por cuya virtud obra el sacramento, es causa suficiente de la

1 Véase Lc 7, 36-50.

2 Véase Lc 19, 1-10.

3 «El bautismo no se ordena, como este sacramento, al efecto actual que es el fervor de la caridad» (3, 49, a8 ad 2: *Fervorem charitatis*).

4 3, 49, a1, ad 2.

gloria, más no de suerte que inmediatamente seamos introducidos en ella, sino que es menester que padezcamos juntamente para ser después juntamente glorificados.¹⁵ Así, este sacramento no nos lleva a la gloria al instante, aunque sí nos da el poder llegar, por eso se llama viático. Como figura de este viático leemos que «Elías comió y bebió y caminó, con la fuerza de aquel manjar, cuarenta días con sus noches, hasta Horeb, el monte de Dios».¹⁶ «Como no produce efecto la pasión de Cristo en quienes no se ajustan a lo que ella exige, tampoco alcanzan la gloria por este sacramento quienes lo reciben mal».¹⁷

En este punto, se impone una reflexión de cómo este sacramento confiere la gracia y Santo Tomás lo mira desde cuatro puntos de vista: la presencia de Cristo, la pasión representada, el modo como se da, que es el alimento, y lo que se da, que es pan y vino.

En relación con la presencia, la encarnación de Cristo hizo que su humanidad pudiera dar la gracia. Como esa humanidad se transmite por medio del sacramento a quienes la reciben, se les transmite también la gracia según la palabra de Juan (6,58): «quien me coma vivirá por mí».¹⁸

En cuanto a que representa la pasión del Señor, hemos de tener en cuenta los efectos de la pasión de Cristo, porque esos mismos efectos los realiza la eucaristía y, por eso, los efectos de todos los sacramentos están en ella contenidos, como expresan las palabras «sangre derramada para el perdón de los pecados». Es claro que, en ese sentido, la eucaristía contiene y obtiene todas las gracias. Por lo tanto, hay que acercarse a ella como si se bebiera del costado de Cristo mismo y hay que esperar de ella la plenitud de sus dones.¹⁹

15 Rom 8, 17.

16 3, 79, a2, ad 1.

17 3, 79, a2, ad 2.

18 3, 79, a1, c.

19 *Ibidem*.

Con respecto a que se nos da como alimento, debe tener el efecto de todo alimento: «sustentar, aumentar, reparar y deleitar»,²⁰ Ese efecto está unido al anterior y es inseparable de él. Por eso, aunque el alimento sugiere la repetición y el crecimiento y no tanto la plenitud, si es un alimento de tanto poder como el mismo Dios, el efecto solamente debe estar limitado por las limitaciones que impone el sujeto que lo recibe, por su deseo: la pecadora recibía cuanto quería cuando lloraba a los pies del Señor, cosa que no recibía Simón.²¹

Asimismo, el efecto de la unidad y la caridad está sugerido por el mismo hecho de que el pan se compone de muchos granos y el vino de muchas uvas. Es, y aquí hace referencia a San Agustín, «sacramento de piedad, signo de unidad y lazo de caridad».²²

«Es tal la eficacia de su poder, que con solo su deseo recibimos la gracia, con la que nos vivificamos espiritualmente. Al tomarlo sacramentalmente crece y se perfecciona la vida espiritual [...] para que el hombre sea perfecto en sí mismo, uniéndose con Dios».²³ La perfección de este sacramento es la unión con el mismo Dios, y no la virtud instrumental necesaria para la lucha de este mundo como el sacramento de la confirmación.²⁴

¿Por qué no debemos evaluar el grado de gracia o esta no se deja evaluar? La parábola del fariseo y del publicano²⁵ es enormemente aleccionadora a este respecto. Nadie es su propio juez. A nosotros, a los que corresponde estar sobre nosotros mismos para observar si hemos pecado, en el fondo, no nos corresponde juzgarnos, sino pedir: «Ten piedad de mí que soy un pecador». Porque en eso no se equivoca

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Véase Lc 7, 36-50.

²² *Ibidem*.

²³ 3, 79, a1, c.

²⁴ *Ibidem* ad 1.

²⁵ Véase Lc 18,9-14.

nadie. La eucaristía evita los pecados veniales y los perdona porque aumenta el fuego de la caridad que no solo evita los pecados, sino que contrarresta el efecto del pecado venial. Hemos de estar atentos a recibirlo con el fervor de quien se acercara a beber del mismo costado del Señor.¹

La reverencia, pues es el modo de recibir la eucaristía. El efecto de la caridad es y debe ser fulminante. Pero parece ser necesario saberlo para favorecerlo: «Como el amor de Dios no está ocioso, sino que, teniéndolo, obra hechos de gran magnitud, este sacramento tiene de suyo eficacia, no solo para dar el hábito de la gracia y de la virtud, sino también para mover al acto, porque la caridad de Cristo aprieta».² Con él, el alma se fortifica espiritualmente, espiritualmente se regala y, de algún modo, se embriaga con la dulzura de la divina bondad: «comed y bebed, amigos, embriagaos, carísimos» (Cant 5, 1).³

1 «Cuando te acerques al tremendo cáliz, llégate como si bebieras de costado mismo de Cristo», San Juan Crisóstomo citado en 3, 79, a1, c.

2 II Cor 5, 14.

3 3, 79, 1, ad 2.